

DARWIN EN CHILE (1832-1835).  
Viaje de un naturalista alrededor del mundo<sup>1</sup>

por CHARLES DARWIN  
David Yudilevich L. y  
Eduardo Castro L. (editores),  
Editorial Universitaria, Santiago, 1996.  
344 páginas.



Agradezco a la Universidad de Chile y a la Editorial Universitaria el haberme invitado a presentar el libro *Darwin en Chile (1832-1835). Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, que contiene los capítulos en los cuales Darwin describe su paso por el actual territorio chileno entre los años referidos, parte de su viaje de media década alrededor del mundo.

Cuando le ofrecen embarcarse en la Beagle, fragata enviada a explorar las costas del hemisferio sur, ocupando el puesto de naturalista, Darwin tenía escasos 22 años y una precaria formación científica. En realidad, su padre, habiendo perdido la esperanza de que siguiera la profesión de médico, no vio por delante para él más que la carrera clerical. Con tal propósito lo había enviado a Cambridge, donde Darwin dio cauce a sus aficiones deportivas y a su afán de coleccionista de escarabajos; además de entrar en contacto con la geología, ciencia nueva que daba entonces sus primeros pasos. Lo más probable es que de no

<sup>1</sup> Texto de la presentación del libro, realizada en la Sala Domeyko, Universidad de Chile, 17 de junio de 1996.

embarcarse en este viaje, Darwin habría seguido el camino de tantos clérigos de la Inglaterra victoriana, aficionados a coleccionar insectos<sup>2</sup>.

De modo que el viaje de Darwin en el *Beagle* es decisivo para marcar su vocación y dedicación científicas, y para definir su pensamiento; aquél que revolucionó la visión sobre el origen de la vida y sobre el lugar del hombre en la naturaleza.

Sin embargo, este "Viaje de un naturalista alrededor del mundo" no es primordialmente ni un recuento de descubrimientos científicos ni un desarrollo de hipótesis; es más que nada un relato de viaje, destinado a un amplio público. Un siglo y medio más tarde, nosotros somos parte de ese público.

Tzvetan Todorov, en su ensayo "El viaje y su relato", ha reflexionado sobre este género literario a partir del concepto de alteridad, la que se da, dice, en dos niveles. En primer término, el autor del relato de viaje debe experimentar un sentimiento de alteridad respecto de los seres y de las tierras evocadas; y en un segundo nivel es necesario que entre el lector y el narrador se cree otra relación de alteridad<sup>3</sup>. A partir de esta proposición de Todorov podemos leer este relato del viaje de Darwin por Chile mirando conjuntamente lo observado y la mirada; la mirada que un naturalista de la Inglaterra victoriana da al Chile de principios del siglo XIX.

Lo que más llama la atención en la mirada de Darwin es su interés primordial por la naturaleza como un todo. Por algo él se describe a sí mismo como un naturalista: alguien en quien confluyen el biólogo, el geólogo, el zoólogo, el paleontólogo, el botánico. En su viaje por las costas y por el interior de Chile va mostrándonos, con agudo sentido de observación, las rocas, las plantas, los animales, los insectos, los fósiles. Cuanto sea posible es objeto de mediciones: alturas, latitudes, temperatura, distancias.

Su fascinación por la naturaleza queda en evidencia cuando describe el terremoto y maremoto ocurridos en Concepción en febrero de 1835. Relata la enorme destrucción, discute con el lector cómo medir la dirección de las ondulaciones, plantea relaciones entre los movimientos de tierra con los del mar y las erupciones volcánicas, sugiere hipótesis interpretativas, y, por último, confiesa: "no se experimenta casi compa-

<sup>2</sup> Cfr. J.W. Borrow, "Editor's Introduction" to *The Origin of Species*, Penguin Books, 1968.

<sup>3</sup> Cfr. Tzvetan Todorov. "El viaje y su relato", en *Las Morales de la Historia*, Ediciones Paidós, 1993.

sión por los habitantes, tan grande es la sorpresa de ver cumplido en un instante aquello que se está acostumbrado a atribuir a una larga serie de siglos. En mi opinión desde nuestra partida de Inglaterra no habíamos contemplado aún un espectáculo tan profundamente interesante como aquél<sup>4</sup>.

Por otra parte, además de la fascinación del científico nos encontramos con la reflexión emotiva de un hombre condicionado por su tiempo y su lugar de origen. Es el Darwin que ante el mismo terremoto en Concepción no puede dejar de sentir también como un inglés: "Un solo terremoto basta para destruir la prosperidad de un país. Si las fuerzas subterráneas de Inglaterra, hoy inertes, volvieran de nuevo a ejercer su potencia, como seguramente lo hicieron durante épocas geológicas, ¡que cambios se producirían en el país entero! ¿Qué sería de las altas casas, de las populosas ciudades, de las grandes manufacturas, de los espléndidos edificios públicos y privados? Si algún terremoto tuviera lugar en medio de la noche ¡qué horrible carnicería! La bancarrota sería inmediata; todos los papeles, todos los documentos, todas las cuentas desaparecerían en un instante. No pudiendo el gobierno ni percibir los impuestos ni afirmar su autoridad, lo dominarían la violencia y la rapiña. El hambre se declararía en todas las ciudades y la peste y la muerte seguirían muy pronto"<sup>5</sup>. ¡Si hasta pareciera en esta mirada de Darwin que junto al sentimiento de superioridad cultural del europeo decimonónico se insinuara la superioridad geológica!

En verdad, no encontraremos en el relato del viaje de Darwin referencias a la realidad política, social o cultural del país en ese entonces. No hay observaciones de carácter sociológico o antropológico. Al recorrer Chile Central, se refiere brevemente a la pobreza de mineros y campesinos, y más asiduamente a la extendida ignorancia en todas las clases sociales: "Al atardecer llegamos a una hacienda muy confortable y nos encontramos en presencia de muchas y muy lindas señoritas. Movido por simple curiosidad, entro en una de sus iglesias, lo cual las escandaliza mucho. Después me preguntan: ¿Por qué no se hace usted cristiano, ya que nuestra religión es la única verdadera? Les afirmo que también soy cristiano, aunque no lo sea de igual manera que ellas, pero no quieren creerme. "Vuestros sacerdotes, hasta vuestros obispos,

<sup>4</sup> *Darwin en Chile (1832-1835). Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Editorial Universitaria, 1996, p. 202.

<sup>5</sup> *Darwin en Chile...*, p. 197.

¿no es cierto que se casan?, añaden. ¡Casarse un obispo! Esto es lo que les choca más y no saben si reír o escandalizarse de tal enormidad<sup>6</sup>.

La mirada de Darwin sobre los indígenas, especialmente cuando se refiere a los primitivos habitantes de Tierra del Fuego, es distante, carente de toda empatía, a pesar de haberlos conocido más profundamente a través de los tres fueguinos que habían sido llevados a Inglaterra y ahora volvían a sus tierras: Jemmy Button, Fuegia Basket y York Minster. Su lenguaje es directo y estremecedor cuando se refiere a estos pueblos australes: "Esos desdichados salvajes tienen la talla escasa, el rostro repugnante y cubierto de pintura blanca, la piel sucia y grasienta, los cabellos enmarañados, la voz discordante y los gestos violentos. Cuando se ve a tales hombres, apenas puede creerse que sean seres humanos, habitantes del mismo mundo que nosotros. A menudo se pregunta uno qué atractivos puede ofrecer la vida a algunos de los animales inferiores; ¡la misma pregunta podría hacerse, y aún con mayor razón, respecto a tales salvajes!"<sup>7</sup>.

Se ha señalado que el gran cambio que introduce Darwin en el pensamiento occidental es la exigencia de que el hombre se vea como parte inseparable de la naturaleza<sup>8</sup>. Ciertamente, ello es una consecuencia de la lectura de *El Origen de las Especies*, publicado más de veinte años después de su estadía en tierras sudamericanas. Sin embargo, ya en el relato de su viaje alrededor del mundo podemos percibir esta mirada naturalista sobre el hombre, como hemos visto en su descripción de los indios fueguinos. "¿Qué necesidad tienen ellos, se preguntaba Darwin, de imaginación, de razón o de juicio? En efecto, no tienen que imaginar, comparar o decidir nada. Para arrancar de la roca un molusco no hay ni siquiera necesidad de emplear la astucia, la más ínfima facultad del espíritu. En cierto modo, puede compararse sus escasas facultades al instinto de los animales, ya que efectivamente, esas facultades no se aprovechan en la experiencia"<sup>9</sup>.

Así, el Chile de principios del siglo XIX nos llega a través de este hombre que observa la naturaleza con enorme curiosidad, que se pregunta sobre ella constantemente, que busca relaciones, causalidades, que mide, que compara, que ve a sus habitantes ya sea como una

<sup>6</sup> *Darwin en Chile...*, p. 138.

<sup>7</sup> *Darwin en Chile...*, pp. 70-71.

<sup>8</sup> Cfr. Walter Sullivan, "Introduction" to *The Voyage of the Beagle*, by Charles Darwin, Bantam Books, 1972.

<sup>9</sup> *Darwin en Chile...*, p. 74.

especie más compleja de la misma naturaleza, ya con el sentimiento de superioridad cultural del inglés victoriano.

Pero no sólo eso, Darwin también nos va llevando por la belleza de la naturaleza virgen, desde el extremo austral a las cumbres cordilleras. Es el Darwin que exclama en las alturas de la Cordillera de los Andes: "Llegados a la cumbre, nos volvemos a mirar hacia atrás, y el espectáculo más magnífico se ofrece a nuestra vista. La atmósfera límpida, el cielo azul oscuro, los profundos valles, los picos desnudos de formas extrañas, las ruinas amontonadas durante tantos siglos, los peñascos de brillantes colores, que contrastan tan vivamente con la blancura de la nieve, todo lo que me rodea constituye una escena indescriptible. Ni plantas ni aves, salvo algunos cóndores, cerniéndose por encima de los más elevados picos, distraen mi atención de las masas inanimadas. Me siento dichoso de hallarme solo; experimento todo cuanto se experimenta cuando se presencia una terrible tempestad o se oye un coro de *El Mesías* ejecutado a gran orquesta"<sup>10</sup>.

Tenemos en nuestras manos un clásico, escrito en un lenguaje llano, fuertemente comunicativo. Nos es entregado en una magnífica edición preparada por el doctor David Yudilevich y por don Eduardo Castro, con cuidadosos índices y eruditas notas, y con extraordinarias reproducciones de grabados y dibujos de la expedición misma del Beagle o de parajes que Darwin recorrió en su viaje; las cuales, con la elocuencia propia de las imágenes, complementan la palabra de Darwin para transportarnos al Chile de 1830.

Hoy, cuando nuestra relación con la naturaleza está en punto de crisis, resulta especialmente refrescante y provechoso observarla con la mirada de este gran naturalista que fue capaz de interrogarla, descifrarla y, a la vez, contemplarla.

SOFÍA CORREA SUTIL

<sup>10</sup> *Darwin en Chile*, pp. 221-222.